



CON OJO DE MUJER • MARÍA EUGENIA BUENO PASTOR

“Performance”

UN lienzo inmenso en blanco preside el improvisado patio de butacas del Palacio Fonseca. La tarde fría; el público se debate entre la sombra heladora o el sol brillante y fuerte de finales de abril. No hay término medio, te hielas o te asas. Huele a hierba recién cortada. Las butacas vacías, con goteo exacto, terminan llenas. El murmullo invade el espacio.

De repente se hace el silencio y empieza la “performance” o espectáculo de carácter vanguardista en el que se combinan elementos de artes y campos diversos. En esta tarde pintura y música.

La música es la antesala hasta que da comienzo la creación artística a su son. La dimensión del lienzo inabarcable, se hace abarcable cuando Barceló prolonga su brazo con una larga vara que, en función del resultado que persigue, corona con distintos útiles: rodillo, cepillo, balón, pincel enorme... con líneas perfila y construye un

Universo que va macizando de elementos que bailan entre lo simbólico y lo figurativo... hace creer al espectador que asiste a la creación en directo de la obra magna que será el referente del Octavo Centenario de la Universidad. La música exalta el espíritu constructivo del artista y en su cénit, en ese mismo instante, comienza la caída de la obra, de sus líneas, de las formas conseguidas, de los símbolos... convirtiéndose todo en grandes lágrimas negras que chorrean camino de la tierra donde terminarán desapareciendo.

Nos lleva a mudar el pensamiento de lo perdurable, por el de lo efímero. Todos los símbolos, lo construido, lo intuido que llenó la nada del lienzo, comienza su desintegración en busca del blanco, del origen, del recuerdo de la nada. En el proceso el artista desaparece para dejar a la música como acompañante único de un espectador que queda desolado mientras la obra se destruye, dejándole sumido en el recuerdo de lo

que vio. El espectador desamparado se centra en la música que acaba corriendo igual suerte que la obra. La música se va diluyendo hacia sonidos cada vez más simples, para acabar siendo el recuerdo de un sonido. Ambas, pintura y música, se desvanecen a la vez, quedando sólo su memoria.

Este ojo que observa advierte una importante llamada de atención a nuestra futura ocho veces centenaria Universidad. El manejo de los símbolos que acaban desvaneciéndose después de haber sido todo, debe hacernos reflexionar sobre qué queremos para el futuro del Estudio: perdurar o ser el final de un proceso cultural que con el transcurso del tiempo será efímero. Esa simbología del toro, origen de la cultura mediterránea en Creta y la tauromaquia como elemento dominador de lo animal, a pesar de ser ambas milenarias, acaban siendo efímeras.

Si eso le sucede a lo milenario ¿qué pasará con lo centenario?